
EN PORTADA

LA EUROPA (POS)OTOMANA

Más que interpretar el periodo otomano como una especie de paréntesis en la europeidad histórica de la región, debemos entender los Balcanes otomanos y posotomanos como una parte esencial de Europa, un continente cuya historia es tan interesante precisamente por ser diversa, rica, compleja y plural.

DARINA MARTYKÁNOVÁ

Los extremos suroccidental y suroriental de Europa comparten muchas cosas. Su historia en el siglo XX estuvo marcada por periodos de dictadura –de distintos signos– y por conflictos que se debían a la competencia en sus territorios de varios proyectos nacionalistas, fuesen promovidos por los estados o por las élites que aspiraban (y aspiran) a representar unas demandas nacionales alternativas. A largo plazo, ambas regiones comparten una experiencia histórica común, la de haber formado parte –durante siglos, aunque solo uno en paralelo– de entidades políticas cuyas dinastías reinantes se apoyaron en el Islam para legitimar su poder. Diversas dinastías musulmanas gobernaron partes de la Península ibérica entre los siglos VIII y XV. La dinastía otomana gobernó en los Balcanes desde el siglo XIV hasta principios del siglo XX. En estos imperios, reinos y emiratos, convivían comunidades religiosas diversas, ante todo musulmanes, judíos y cristianos: católicos en el mediterráneo occidental, ortodoxos, católicos, protestantes y varias iglesias autocéfalas en los Balcanes. Con la desintegración de estos estados musulmanes, la pluralidad religiosa –incuestionable, aunque no hay que confundirla con una convivencia en igualdad y armonía– acabó siendo sustituida por una homogeneidad confesional que, por incompleta que fuera, sobre todo en los Balcanes, no deja de resultar llamativa en comparación con ese pasado musulmán.

En las historiografías de ambas regiones existen fuertes corrientes interpretativas que plantean los respectivos periodos de dominio musulmán como algo ajeno a esas tierras y a sus poblaciones, como la suspensión no solo de un hipotético gobierno propio, sino también de su europeidad. Llama la atención que la ocupación romana y los personajes vinculados al dominio de Roma aparecen integrados como propios y celebrados en las historiografías nacionales y en los callejeros urbanos de muchos países que hoy en día existen en ambas regiones, mientras que el dominio musulmán se conceptualiza en términos de “yugo” esencialmente ajeno, que acabó con una “reconquista” o “liberación nacional”, y cuyas huellas reales o

percibidas, suelen tener connotaciones negativas y presentarse como algo a superar o extirpar. En el caso de España y Portugal eso puede tener repercusiones negativas a la hora de integrar plenamente a los españoles cuyos padres son de origen marroquí. Sin embargo, en los Balcanes, incluida Grecia, esta exclusión simbólica afecta directamente a las poblaciones autóctonas de religión musulmana o de origen musulmán (no dejemos de subrayar que –igual que un católico– un musulmán puede dejar de creer en dios, y la secularización en los países comunistas de la zona de los Balcanes facilitaba tales evoluciones identitarias). El ejemplo a la vez drástico y reciente de sus consecuencias es el genocidio en la ciudad bosnia de Srebrenica durante la Guerra de Yugoslavia, cuando en 1995 más de 8.300 varones “musulmanes” fueron asesinados por los “serbios”, siendo ambos grupos eslavos de habla serbocroata, originarios de Bosnia.

No se trata aquí de hacer apología del imperialismo musulmán de la época medieval y moderna ni presentarlo como un marco de convivencia armónica que se podría reproducir en estos tiempos cuando las jerarquías que caracterizaron esos imperios multiétnicos y multirreligiosos chocan con un imaginario político de la igualdad de los ciudadanos. Para los sueños neo-otomanos ya están otros, como el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan, un político islamista que lleva dos décadas apelando a esta visión nostálgica en su política nacional e internacional. Lo que sí pretendo es argumentar que estas unidades políticas forman parte esencial de la historia europea. La inmensa mayoría de los habitantes de los territorios otomanos en la Europa suoriental era de origen europeo, independientemente de su religión, incluidas las figuras importantes en el terreno político e intelectual que hicieron carrera en Constantinopla o en otros rincones del Imperio. Al mismo tiempo compartían identidades que no se pueden reducir al continente europeo, como podían ser la de “cristiano”, “judío” o “musulmán”, pero también la de “guerrero valiente”, “médico”, “gitano” o “mujer moderna”.

Los contactos entre las poblaciones y gobernantes de los dominios musulmanes y cristianos en el continente europeo eran frecuentes

y polifacéticos: conflictos bélicos, alianzas diplomáticas, comercio, exilios y migraciones, viajes de placer y de aprendizaje... Además, la dinastía otomana gobernó los Balcanes apoyándose en las élites que ya estaban allí antes de la conquista. No se trata de idealizar. El dominio se establecía mediante una represión selectiva que afectaba a una parte de las élites autóctonas (por ejemplo, la ejecución del soberano local que había liderado la resistencia a la conquista), mientras que a otros se les ofrecían prebendas por gestionar el gobierno local en nombre del sultán. Así, el Monasterio de Rila, una de las principales joyas de la Iglesia ortodoxa en Bulgaria, se encargaba de recaudar impuestos de los campesinos, impuestos que financiaban la vida contemplativa de sus monjes y las numerosas obras arquitectónicas del propio monasterio, mientras que otra parte era destinada para el sultán. Por sus buenos servicios, los sultanes enviaban al centro monástico, con cierta regularidad, regalos en muestra de su satisfacción. Lo que es aún más importante, confirmaron en documentos oficiales las posesiones y los privilegios de esta institución ortodoxa. Hoy en día podemos apreciar estos regalos y documentos en el museo del monasterio, mientras que los guías turísticos búlgaros (ajenos al museo) deleitan a los turistas con historias sobre las conversiones forzadas al islam y sobre la desaparición de la religión cristiana como el objetivo principal de la conquista otomana, sin reparar en la incongruencia del relato con lo expuesto en la sala. Insisto, mi propósito no es blanquear el dominio otomano en los Balcanes; de hecho, lo que sucedía en el Monasterio de Rila es un ejemplo, no particularmente edificante, de cómo las élites políticas de Constantinopla –musulmanes y griegos ortodoxos, ante todo– y las élites religiosas locales (cristianos ortodoxos de varias etnias) colaboraron para mantener el aparato extractivo bien engrasado y seguir beneficiándose del trabajo de los campesinos de la región.

En cuanto a la población de los Balcanes, la mayoría mantuvo su religión anterior a la conquista, mientras que en los núcleos urbanos aumentaba el porcentaje de los musulmanes. Eso se debía a las conversiones voluntarias, a menudo incentivadas por los privilegios

**● La Europa
suroriental está
moldeada por
seis siglos de
dominio imperial
otomano, del que
ha ido surgiendo,
desde los inicios
del siglo XIX,
un abanico
de estados
nacionales**

que eso podía aportar a los conversos, pero también a la política de migraciones voluntarias, fomentadas y forzadas, que los otomanos practicaron durante siglos de existencia del Imperio y cuyo objetivo era impedir rebeliones y reforzar su dominio bajo el principio de *divide et impera*. La ambigüedad de las políticas de integración territorial desplegadas por los otomanos en el periodo “clásico” invita a renunciar a juicios basados en los valores actuales. Hasta una práctica tan aberrante como el *devşirme*, una especie

de impuesto en niños que pagaban los cristianos balcánicos al sultán, funcionó para muchos como vehículo de ascenso social o de reproducción de la posición de élite. Algunos de estos niños, una vez llevados a la Corte e islamizados, alcanzaban importantes puestos en el Palacio y en las estructuras del gobierno otomano y no se olvidaban de sus familias y de su localidad natal, favoreciendo sus intereses (cargos de poder para sus familiares cristianos, financiación de obras –fuentes, puentes, mezquitas– en su lugar de origen). La mayoría de los grandes visires (*sadrızam*) del periodo clásico salió de este sistema. Así, por ejemplo, Bayo Sokolović, luego conocido como Sokullu Mehmed bajá (1505-1579), gobernó el Imperio otomano en el periodo de su mayor esplendor y expansión territorial, y su hijo Sokulluzade Hasan bajá ejerció cargos de gobierno en Bosnia y Siria. Otros simplemente se integraron en las tropas de élite y, si sobrevivían a los años del servicio, gozaban de facilidades para establecerse luego como artesanos, algo que muchos campesinos podían percibir legítimamente como una mejora de sus condiciones de vida. De hecho, algunas familias musulmanas miraban este sistema con envidia por carecer sus hijos de tales posibilidades, y hasta sobornaban a los encargados para que sus hijos pudieran ser reclutados. Eso no quita el hecho de que muchos niños y niñas muriesen por el camino

o, indudablemente, vivieran de forma traumática la separación y las imposiciones.

Como ha mostrado con gran perspicacia la socióloga Karen Barkey, el Imperio otomano era un imperio basado en la delegación del poder en una serie de intermediarios y en la negociación eficaz de la diferencia.¹ Hasta el siglo XIX, esta diferencia no se percibía como un problema a resolver, fuera convenciendo o eliminando al otro. Se asumía como una característica permanente a gestionar, dentro de las múltiples jerarquías que caracterizaron el Antiguo Régimen, tanto en la Europa musulmana, como en la cristiana. Es más, hay que subrayar que en el Imperio otomano no gobernaban los musulmanes. Ciertamente, la dinastía otomana era musulmana y se apoyaba en el islam –además de otros principios– para dotarse de legitimidad. Los musulmanes y sus instituciones gozaban de una serie de privilegios frente a los otros grupos religiosos, aunque alguno de ellos, como el de servir en los ejércitos y ostentar cargos de mando militar, pudiera ser percibido por un pobre “afortunado” al que le tocaba batallar más bien como una desventaja. No cabe duda de que el islam gozaba del estatus más alto y las otras religiones monoteístas se entendían como toleradas bajo la protección del sultán. Sin embargo, bajo la autoridad de una dinastía musulmana gobernaron unas élites diversas en términos religiosos, étnicos y lingüísticos. En primer lugar, el sultán reconocía y reafirmaba la autoridad de los obispos y rabinos sobre sus comunidades. Es más, delegaba el gobierno de algunos territorios a dinastías cristianas, una tendencia creciente en el siglo XIX. Pero los cristianos, y, en menor medida, los judíos, participaron en el poder también en la Corte. Las familias fanariotas, griegos ortodoxos de Constantinopla, ejercieron altísimos cargos en el gobierno otomano, encargándose en gran parte de las relaciones entre los dominios del sultán y otras monarquías y repúblicas hasta la Guerra de la Independencia griega (1821-1830), cuando las dudas sobre su lealtad llevaron a su marginación.

¹ Karen Barkey, *Empire of Difference. The Ottomans in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, 2008.

En las ciudades y pueblos de los Balcanes, la convivencia –y el conflicto– era el pan de cada día, y también era habitual viajar a otros países de Europa. Hijos de familias croatas y armenias iban a estudiar religión a Roma, los católicos de las colonias genovesas, los griegos y los judíos otomanos –tanto los que hablaban español como los que hablaban italiano– solían estudiar medicina en Padua y en otras universidades italianas en el periodo clásico y, sobre todo a partir del siglo XIX, diversificaron sus estrategias viajando, para formarse, también a Viena o París. A principios del siglo XX, Ginebra y Lausana acogían decenas de estudiantes otomanos, hombres y mujeres, musulmanes, cristianos y judíos. Del mismo modo, arquitectos y obreros italianos, mineros y médicos austríacos o gobernantas y maestras francesas encontraron en las provincias otomanas, en Europa y en Asia, una tierra de oportunidades. Los territorios otomanos en los Balcanes acogieron el exilio polaco y húngaro y fueron puntos importantes de su organización, al tiempo que el Imperio ofrecía vías de integración plena a los que perdieron la esperanza de volver a sus tierras.

Sería demasiado fácil pintar el siglo XIX de color negro como ruptura de una convivencia si no armónica, al menos duradera. La conquista, la jerarquía formalmente establecida, el orden divino, son principios organizativos irrecuperables –al menos a medio plazo– una vez que las revoluciones constitucionalistas re-conceptualizaron las comunidades humanas en términos de autogobierno, libertad e igualdad. Es innegable que el discurso legitimador del dominio otomano empezó a resquebrajarse desde el siglo XVIII, igual que lo hizo el imperio en sí. Los “dominios bien protegidos” dejaron de serlo en la práctica y a nivel simbólico, ya que la lógica de la protección se volvió inasumible para quienes buscaban la libertad y el autogobierno en una comunidad de la que pudieran formar parte en condiciones de igualdad. Tampoco debemos, sin embargo, asumir el relato de la “liberación nacional del yugo turco” desplegado por los nacionalistas decimonónicos y reproducido en versiones más o menos remozadas hasta hoy en día. ¿Era yugo turco lo que en algunos lugares de los Balcanes ejercían los príncipes griegos de las familias Mavrocordatos

e Ypsilanti y en otros la nobleza y las autoridades eclesiásticas en gran parte autóctonas? ¿Los eslavos de religión musulmana –o de origen musulmán– son menos europeos, con menor derecho a ciudadanía plena, que los eslavos cristianos o poscristianos? ¿Los judíos y gitanos fueron mejor aceptados e integrados cuando se establecieron los estados nacionales? ¿Cómo encaja en este relato Şemseddin Sami Frashëri (1850-1904), el gran dramaturgo, escritor y lexicógrafo de las lenguas turca y albanesa, nacionalista albanés y turco al

mismo tiempo, y francófilo y secularista, para más inri? Los Balcanes otomanos eran así, y no por eso dejan de formar parte de la historia de Europa, sino que la hacen más rica, más compleja, y más interesante.

Hay que subrayar que no todas las dinámicas de resquebrajamiento y homogeneización fueron de carácter interno. En las últimas décadas del dominio otomano, Salónica era una ciudad dinámica, próspera y altamente diversa, con una ligera mayoría de población judía, muchos de habla española o italiana, junto con cristianos y musulmanes (unos de habla griega, otros de habla eslava o turca) y ciudadanos de diversos países. Es cierto que los nacionalismos (pos) imperiales estaban complicando la convivencia entre los grupos: recordemos la expulsión de musulmanes en 1922. Sin embargo, fue el Holocausto implantado después de la invasión alemana, lo que acabó de una vez por todas con esa ciudad plural.² Se podría decir que, en cuanto a genocidios, los Balcanes también son europeos y otomanos: no se han librado de una de las peores lacras del siglo XX, el exterminio organizado. Este fenómeno no surge ni prospera particularmente en los Balcanes, como atestigua tanto el genocidio

● **En las últimas décadas del dominio otomano, Salónica era una ciudad dinámica, próspera y altamente diversa, con una ligera mayoría de población judía, junto con cristianos y musulmanes**

² Mark Mazower, *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Crítica, 2009.

armenio (1915) perpetrado por los otomanos musulmanes –turcos y kurdos– en Anatolia, como el exterminio industrial (1941-45) organizado desde Alemania, el corazón de Europa, que afectó (ante todo) a judíos y gitanos de Europa occidental, central y oriental, y también a quienes llevaban siglos viviendo en los Balcanes.

Hemos visto cómo los seiscientos años de presencia musulmana en la Europa suroriental han sido presentados como un fenómeno extraño y temporal. Quizás ya no nos sorprenda que la existencia de entidades políticas que supieron garantizar cierta prosperidad económica y, al mismo tiempo, gestionar un alto grado de diversidad, como Yugoslavia –tanto siendo reino, como siendo república– se haya interpretado también como una especie de experimento destinado al fracaso, como si los estados-nación homogéneos hubieran demostrado que, por definición, alcanzan una mayor longevidad. Quizás para justificar nuestras propias construcciones identitarias necesitemos descalificar otras como inviables³ en vez de analizar cuidadosamente las contingencias históricas y los intereses locales e internacionales que contribuyeron en un momento muy específico –el de la desintegración del bloque comunista– a la desaparición traumática y sangrienta de un país que durante décadas había sido operativo, alcanzando importantes niveles de bienestar material, desarrollo cultural y también de algo que quizás interpretamos erróneamente como mezcla. Cuando en 1981 un ingeniero judío de Sarajevo con afición por el budismo se casó con una enfermera eslovena, atea de padres católicos, no se produjo necesariamente un caso de mezcla entre dos comunidades delimitadas. Más bien, dos ciudadanos yugoslavos se unieron en base a lo que tenían en común, que podía ser desde la atracción erótica, pasando por la pasión por el baloncesto, hasta un “sentido común” de izquierda modernista combinado con el hastío hacia las trabas, el clientelismo y la falta de algunas libertades que caracterizaron al régimen comunista en aquel país en esa época... Si bien es cierto que la identidad religiosa no ha dejado de

3 Maria Todorova, *Imagining the Balkans*, Oxford University Press, 1997.

moldear las identidades nacionales, la secularización, sobre todo en el siglo XX, ha sido entendida por muchos como una oportunidad para superar la alteridad y construir o reforzar identidades comunes, sean ciudadanas (yugoslavo) y nacionales (búlgaro), de clase (obrero, intelectual) o basadas en una visión del mundo y un proyecto político común (liberal, comunista). La gestión de la diversidad sigue siendo un reto para Europa, y la Europa suroriental, con su compleja y fascinante historia, es solo uno de los rincones en los que estamos intentando compaginar la igualdad con la diversidad, y la pluralidad con el reconocimiento mutuo. La Europa suroriental y su pasado también nos dan claves para poder afrontar este reto. ♡

DARINA MARTYKÁNOVÁ
ES PROFESORA EN EL
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA DE LA UAM.
AUTORA DE *RECONSTRUCTING
OTTOMAN ENGINEERS.
ARCHAEOLOGY OF A
PROFESSION, 1789-1914.*

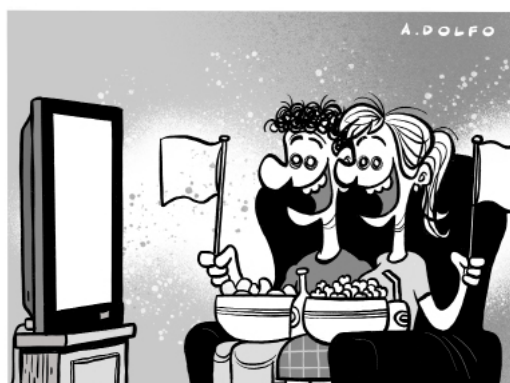
EN CLAVE DE HUMOR

A. DOLFO

Humorista gráfico. Ha colaborado, como Mel Prats, en *El Jueves*, *Diario de Cádiz*, *Orgullo y satisfacción*, *The Beano* y *Spirou*.



-¿Que de dónde soy...? Geográficamente: del Este. Históricamente: de la Europa ex-comunista. Y cinematográficamente: de un país que solo aparece en 'thrillers' de acción...



-EXISTEN OTRAS EUROPAS,
PERO ESTÁN TODAS EN
EUROVISIÓN.